

Así, en esta época, léjos de entablar una confederacion secreta y rebelde con don Juan para la defensa de las dos coronas, como sienta Perez, el duque de Guisa pensaba en realizar una union de las dos coronas entre los dos reyes. Verdad es que no eran ménos estrechas las relaciones que mantenía con don Juan; mas estas relaciones tenían solo por objeto los intereses generales del catolicismo, los negocios de Escocia, que eran comunes al duque de Guisa y á don Juan, pues que el uno quería libertar á su parienta María Stuart, presa en el castillo de Sheffield; y el otro, segun los rumores públicos, intentaba casarse con ella, y últimamente el buen término de las turbulencias de los Países Bajos, que permitiría al valiente y ambicioso hermano dirigir sus pensamientos y las fuerzas de España hácia la empresa de Inglaterra, en la que Felipe II vacilaba mucho en empeñarse y que, segun su expresion, andarse en este asunto con *piés de plomo*.

Estas relaciones no causaban pues grande inquietud al rey católico; y Vargas al aconsejar á su monarca que no las perdiese de vista, no sabia á punto fijo hasta donde se extendían. Limitase á decir que sabe hay entre ellos grande confianza, que da mucho que pensar, y que es por parte de los Guisas mayor de lo que imagina. Reducido á simples conjeturas acerca del objeto de sus relaciones, lo está á meros rumores sobre el fin de su convenio relativo á la Escocia y á la Inglaterra.

Unas veces escribe á Felipe II, que un escocés que ha estado con don Juan va á embarcarse en Dieppe ó en el Havre; otras pone en su conocimiento que le han noticiado que en los papeles cogidos al arzobispo irlandés fray Patronius, salido de Roma para promover movimientos en Irlanda, papeles que se habían remitido á la reina Isabel, se halló: «Una investidura del regno de Inglaterra hecha en persona del señor don Juan en Roma.» Y finalmente, que el embajador de Venecia le ha dicho que el de Escocia y los Guisas tenían tratado el casamiento del rey de Escocia con la hija del duque de Lorena; y el de don Juan con la reina de Escocia. Felipe II, que gustaba le instruyesen de todo cuanto pasaba, y de todo cuanto se decía ó creía, recibe estas noticias con placer; pero sin darles al parecer grande importancia. «Ha sido bien advertirme..... escribe él á Vargas, sobre lo de los casamientos del rey de Escocia con la hija de Lorena, y de mi hermano con la de Escocia. Y aunque estas cosas deben ser por vía de discurso y de poco fundamento, todavía es conveniente tener noticia de lo que se dice y discurre en semejantes materias.»

Más pronto la muerte destruye en un momento los proyectos matrimoniales, las ambiciosas esperanzas, la juventud, hermosura y fama de don Juan. Despues de haber alcanzado en Gemblours una victoria, que debía ser la última, este valiente capitán, que como político no tenía bastante pa-

ciencia y maña, desesperó de salir airoso de una situación en que, aislado, casi sin ejército y desprovisto de dinero tenía que luchar á la vez con los católicos y los protestantes, contra el príncipe de Orange, el archiduque Mathías y el duque de Alenzon. Murió el 1º de Octubre de 1578, consumido por el dolor y el pesar, en su campo cerca de Namur, en medio de sus soldados, dejando á su frío y hábil sucesor, el duque de Parma, que era tan profundo político como gran general, el cuidado de poner en buen estado negocios en apariencia perdidos. Felipe II sintió esta desgracia...

«La mala nueva que me ha venido del ilustrísimo don Juan de Austria mi hermano, he sentido en gran manera, así por lo que le quería y amaba, como por ser en tal coyuntura y ocasión.» Algunos días después, expresaba de nuevo los mismos sentimientos: «Quería y estimaba su persona, decía él, y me hará falta para todo y particularmente para los negocios de Flandes.» El pesar del duque de Guisa no fué ménos vivo, y desde Joinville, en la Champaña, en donde vivía retirado desde el mes de Mayo, aunque sin habérselo olvidado de enviar á don Juan el capitán de su guardia, para que le diese el excelente consejo de que contemporizase, y por este medio disolviese la coalición de sus enemigos, compuesta de elementos tan heterogéneos, dirigió el 4 de Noviembre á Vargas, el siguiente oficio:

«Señor embajador: la carta que me habeis es-

crito ha acrecido el duelo que me había causado la muerte del señor don Juan, pérdida la mayor de cuantas podían acontecerme. Mas después de haberme atormentado sin medida, y puesto que no hay más remedio que conformarse á la voluntad de Dios, me veo precisado á procurar poner treguas á mi dolor. Sin embargo, difícil cosa es, pues cuando recuerdo los altos favores que le plugo dispensarme, y el honor que me cabía de ser amado de S. A., me cuesta llevar á cabo mi resolución. Empero considerando que no está en lo posible devolverle la vida, y que mi Dios ha hecho la gracia á toda la cristiandad de colocar en su lugar á un príncipe de tanto valor y experiencia como es el señor duque de Parma, se amengua mi dolor, por la esperanza que tengo de que cumplirá tan bien y con tanta fidelidad su cometido que redundará en honor de Dios y sosten de nuestra Religión. Os ruego le asegureis que jamás encontrará persona más pronta á servirle y obedecerle de lo que lo seré yo cuando la ocasión se presente; pudiendo igualmente vos contarme en el número de vuestros más sinceros amigos, que ruega á Dios os conceda larga y venturosa vida.»

Si Antonio Pérez ha desnaturalizado, en sus *Relaciones y Memorial*, la correspondencia de Vargas en el asunto de don Juan con el duque de Guisa, permitido es suponer que no habrá sido más escrupuloso en otros puntos. Por lo demás es llegado el caso de examinar cuales otros moti-

vos que su fidelidad á los intereses de Felipe II pudo tener Perez al llevar á cabo la muerte de Escovedo, y voy á hacerlo, recorriendo las piezas del proceso manuscrito que forma la contra partida de las *Memorias* de Perez.

He dicho ya que Ranke, cuya opinion es de tanto peso, no da crédito á los amores de Perez con la princesa de Éboli. Efectivamente, admitiendo sin restriccion alguna la explicacion política que Perez ha dado de la muerte de Escovedo, rechaza la causa particular designada por sus enemigos. Segun su parecer, Perez no ha podido ser el amante de la princesa: en primer lugar porque ésta era tuerta y entrada en años; y luego, porque su propia mujer doña Juana Coello, le mostró durante todo el tiempo de su proceso, el efecto más ingenioso, más constante y más fiel. Esta última no puede admitirse como tal. En cuanto á la objecion fundada en la edad y prendas físicas de la princesa de Éboli, no encierra mayor verosimilitud. Todos los contemporáneos estan contestes en ensalzar su belleza. Nacida en 1540, casóse con Ruy Gomez en Alcalá en 1553, á la edad de trece años, y por consiguiente no tenia más que treinta y ocho años. Tampoco era tuerta, sino bizca, así es que nada habia que se opusiese á la intimidad que niega Ranke, y que numerosos testimonios ponen fuera de duda. Solo citaré los mas importantes sin hacer mencion de los considerables presentes que Perez habia recibido de la

princesa, y que un decreto judicial le condenó á restituir. El arzobispo de Sevilla, don Rodrigo de Castro, depuso que Perez se servia de los objetos de la princesa como de cosa propia, de que se murmuraba mucho; así como de que la princesa enviase desde su castillo de Pastrana acémilas cargadas de regalos.

Doña Catalina de Herrera refiere: «Que un dia Escovedo fue á representar á la princesa que los propósitos que se tenian sobre las visitas de Perez eran en mengua de su reputacion; y como asegurase que si la hablaba de aquella suerte era de puro agradecido y porque habia comido el pan de su casa, la princesa se levantó, y le contestó que los escuderos no tenian que meterse en lo que hacian las grandes señoras, y dicho esto le volvió la espalda.»

Esta declaracion fué confirmada por doña Beatriz de Frias, esposa del contador Juan López de Biranco; la cual añade que toda la servidumbre de la princesa murmuraba de las entradas y salidas de Perez, continuadas despues de la muerte de Escovedo; de suerte tal que el príncipe de Mérito, el marqués de la Fabara y el conde de Cifuentes, unidos con la princesa por los lazos del parentesco, querian matar á Antonio Perez. Este proyecto de los deudos de la princesa que cuenta doña Beatriz de Frias, está confesado por uno de ellos, D. Lorenzo Tellez de Silva, marqués de la Fabara, cuya deposicion es asaz curiosa para que deje de citar-

la. «El testigo observó lo mucho que daban que decir las visitas que Perez hacia á la princesa, que pasaba largas horas con ella y la acompañaba á los parajes públicos. Un dia, que el mismo deponente habia ido á visitar á la princesa, doña Bernarda Carrera, le hizo hacer antesala y no le dejó entrar porque la princesa y Perez estaban juntos, lo que le escandalizó sobre manera. Uno de sus criados vió salir con frecuencia á Perez á deshora de la casa de la princesa, y aun el mismo testigo vió cosas peores, tanto que llegó á pensar como le mataria, y lo trató con el conde de Cifuentes, que no visitaba á la marquesa por las mismas causas, y á quienes parecia muy mal aquella amistad. Y el dia de juéves santo, este testigo fué á la iglesia de Santa María á rogar á Dios le quitase del pensamiento el designio que tenia de asesinar á Perez. Esta idea le perseguia especialmente cuando recordaba que la princesa le habia preguntado, si sabia que Perez era hijo del príncipe Ruy Gómez de Silva, su marido, y le habia instado para que así lo diese á entender á todo el mundo. Añade el declarante, que en casa de la princesa todos hablaban en términos poco decorosos de esta intriga, y tenian por seguro que ellos eran los que habian hecho matar á Escovedo, porque les habia dicho que aquello no podia quedar así.»

Esta opinion era general, y reinaba en España, en donde mas de ocho testigos de diferentes clases y condicion pusieron en conocimiento de la

justicia en secreto y sin haberse concertado: «que Escovedo habia sido muerto por haber querido defender el honor del príncipe Ruy Gomez, de quien habia sido criado.»

Lo que pone en cierto modo fuera de duda la complicidad de la princesa en el asesinato de Escovedo, es la conducta que observó despues, y las palabras que virtió. Dijo á Beatriz de Frias: «Que Escovedo era muy deslenguado y que hablaba muy mal de las mujeres principales, y que persuadia á los frailes que iban á predicar á santa María que dixessen palabras maliciosas que á ella le podian dar pesadumbre.» Beatriz de Frias declaró además: que luego de cometido el asesinato, la princesa la preguntó nuevas de lo que se decia, añadiendo: «Bien dicen que le maté yo;» á lo que habiendo contestado Beatriz: «Jesus, ¡cómo dice V. E. cosa tan extraña!» La princesa repuso: «Pues yo os prometo que la cuentona de su mujer dice que yo lo he hecho.» Como para confirmar esta acusacion habian dado á Juan de Mesa, uno de los asesinos, un oficio de nombramiento de empleado en la administracion de sus bienes, á fin de que pudiese mostrarlo, si por acaso le preguntaban é interrogaban al volver al Aragon su país, de donde Perez le habia hecho venir para aquel homicidio, segun declaracion del testigo Martin Gutierrez, vecino de Juan de Mesa.

Además del interés que tenian Perez y la princesa de Eboli en libertarse de la vigilancia de Es-

covedo, cabiales aún otro mayor: temian al rey y á sus celos. Suponíase que Felipe II habia tenido estrechas relaciones con la princesa de Eboli. A pesar de su autoridad y de sus cuatro mujeres, atribuíansele flaquezas de esta especie. Una relacion italiana manuscrita, del año 1584, se expresa en estos términos hablando de él: «Es muy devoto, se confiesa y comulga muchas veces al año, reza todos los dias y quiere tener la conciencia limpia. Créese que su mayor pecado es el de la carne; porque es velludo y calvo, tiene las piernas delgadas, la estatura mas bien baja que mediana, y la voz fuerte. Existen en la corte muchos señores que la pública fama dice ser hijos suyos, como el duque de P... y don... y otros.» ¿Quién es ese duque de P... que designa el manuscrito italiano? Si se examina la lista de los grandes señores de España o títulos de Castilla que existian en aquella época, lista inserta á continuacion de los mismos apuntes venecianos, en el manuscrito número 1203 de la Biblioteca Real, se ve que no existe otro duque cuyo nombre empiece por P mas que el de Pastrana. Ahora bien; ¿quién era el duque de Pastrana? El hijo mismo de la princesa de Eboli, cuya paternidad se atribuia al rey, á lo menos así lo creía la corte. Los amores de Felipe II, menos públicos y constantes que los de Carlos V, de Enrique IV y Luis XIV, han pasado á la posteridad como tradiciones fundadas, ya que no ciertas. Así es que Perez y la princesa de Eboli

debieron temer la venganza de Felipe si descubria su intimidad. Sin duda el rey no llegó á sospechar la naturaleza de sus relaciones por el cuidado que tuvo la princesa en difundir la noticia de que Perez era hijo del príncipe su marido. Pero cuando Escovedo, indignado, la amenazó con que lo descubriría todo á Felipe II, debió temblar por Perez y por ella. La escena decisiva que tuvo lugar entre Escovedo y la princesa, merece ser referida, á pesar de su cinismo: testigo fué de ella Rodrigo de Morgado, que ocupaba en casa de Antonio Perez el destino de caballero, que tenía toda la confianza de su amo, y servia de tercero entre él y la princesa. Dijo á su hermano Andrés de Morgado, quien lo depuso en justicia: «Que Escovedo habia visto entre Perez y la princesa cosas que no le habian parecido bien, y que habiéndole extrañado mucho lo indicó así. Una vez los encontró á los dos «juntos en la cama ó en el estrado» en cosas deshonestas, y exclamó: Vamos esto no puede tolerarse, y estoy obligado á dar cuenta al rey de ello. La princesa le contestó: «Escovedo, hacedlo si os place, «que mas quiero el trasero de Antonio Perez que al rey.» A pesar de la audaz grosería de esta contestacion, soltada en un momento de arrebató y como una especie de bravata, desde aquel momento quedó decretada entre Perez y la princesa la muerte de Escovedo, cuyas indiscreciones eran muy de temer. Por último, si hemos de dar crédito á d'Aubigne, que se hallaba en po-

sicion de poder estar bien instruido, existe aún un testimonio más concluyente que todos los demás, y es el del mismo Perez que confesó sus amores con la princesa de Eboli, y su rivalidad con Felipe II, cuando se refugió á principios del año 1583 en la corte de Enrique IV.

Así, mientras que Felipe II, incitado por Perez, mandaba el asesinato de Escovedo creyendo obedecer á la razon de Estado, Perez seguia, al contrario, el impulso de su odio y de sus temores, haciéndose dar la competente autorizacion para matar á un antiguo amigo que podia perderle con el rey. Si no hubiese tenido otro motivo para apresurar la muerte de Escovedo, mas que los proyectos un poco vagos, ó más bien extravagantes, que se le atribuian, es verosímil que hubiera procedido con menos resolucion y encarnizamiento. Con profunda astucia engañó á Escovedo vendiendo sus secretos al rey, y engañó al rey pintándole á Escovedo como hombre que merecia la muerte por sus peligrosos designios.

## II.

Relacion del asesinato de Escovedo.—Diligencia entablada por su familia contra Perez.—Vacilacion de Felipe II.—Desgracia y prision de Perez.—Caída de su partido y formacion del ministerio Granvelle.

El proyecto pues de hacer morir á Escovedo fué originado menos de los temores que inspiraba á

Felipe II la indiscreta audacia del secretario de don Juan, que los deseos de venganza de Antonio Perez y de la princesa de Eboli, irritados por sus reproches y alarmados por sus indiscreciones. En efecto, Escovedo instaba con ahinco al rey católico que enviase tropas y dinero á su hermano, cuya posicion era falsa y peligrosa en los Países Bajos; vituperaba el sistema de suavidad y transaccion recientemente adoptado con los flamencos, sistema que, segun él, solo podia conducir á la consagracion de la revuelta, y á la propagacion de la herejía; sostenia que no se conseguiria someter los Países Bajos, ni gobernarlos, sin el empleo de la fuerza; empeñábase en que se apoderasen de las provincias marítimas de la Holanda y Zelanda, que eran las más indóciles y terribles, y cuya ocupacion seria á su modo de ver más difícil que la misma conquista de Inglaterra; y tenia frecuentes conversaciones con Felipe II, en las que le hablaba siempre abiertamente de la invasion proyectada á aquel país, proyecto que tanto ansiaba realizar el duque su señor, subordinando siempre su ejecucion á la quietud de los Países Bajos. Con esta mira, sin duda, habia propuesto que se fortificase en las costas de Vizcaya un puerto que pudiese servir de lugar de salida, de abrigo y de refresco á los buques destinados más tarde á su expedicion contra la Inglaterra. Concíbese perfectamente que dirigiese semejante proposicion un hombre emprendedor, pero sensato como Escove-